

Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*, México, Taurus, 2005, 279 p.

Marco Polo: —De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.

Kan: —O la pregunta que te hace obligándote a responder...

*Italo Calvino*<sup>1</sup>

Mientras leía *Monjas, cortesanos y plebeyos*, me imaginaba estar en una de las ciudades invisibles de Ítalo Calvino. En Andria, cuyas calles corren siguiendo cada una la órbita de un planeta, en Perinzia, donde sus principales avenidas están orientadas, una como el curso del sol y la otra como el eje en torno al cual giran los cielos, en Olin-da, que crece en círculos concéntricos, en Irene, la ciudad que se asoma al borde del altiplano, o en Fíldes, ciudad acuática que atraviesa una retícula de canales y de calles, y que, como muchas otras, se sustrae a las miradas, salvo si la atrapas por sorpresa.

Y es que al igual que Ítalo Calvino, Antonio Rubial nos muestra cómo las ciudades son un conjunto de deseos, signos de un lenguaje, lugares de trueque, pero no sólo de mercancías, sino también de palabras, de imágenes, de identidad, de magia y religiones. No obstante, a diferencia de las ciudades sobre las que platicaba Marco Polo a Kublai Kan, la descrita en *Monjas, cortesanos y plebeyos* es real, y aún hoy podemos introducirnos en algunos de sus callejones, admirar las fachadas de tezontle, las gárgolas y los dinteles de antiguos palacios. Pero, por más que caminemos en sus avenidas, sus mercados y plazas urgentes, será necesario leer a Antonio Rubial para, en realidad, podernos encontrar dentro de ella.

Su libro nos introduce en la ciudad de México de la mano de Juana Ramírez de Asbaje en 1664 y pone fin a nuestro recorrido en 1693, cuando luego de habersele ordenado guardar silencio, sor Juana vendió su biblioteca y renunció a escribir. Sin embargo, no es ésta la biografía de la monja jerónima, sino el retrato de una perso-

<sup>1</sup> Ítalo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela, 1998

nalidad colectiva que se nos revela a través del estudio de: “La ciudad capital”, “La calle y la plaza”, “Los palacios y las vecindades”, “Los templos y los claustros”.

Precisamente en esos cuatro espacios públicos y privados en los cuales se organiza el libro se ven las prácticas culturales del México de finales del siglo XVII. Los comportamientos, los valores, las formas en las cuales se manifiesta la religiosidad, la sexualidad, la rebelión, los prejuicios, el entorno natural, en fin..., todo aquello que dota de identidad a una época.

Con talento y prosa armoniosa Antonio Rubial acomoda los hechos en función del análisis y la explicación histórica, a la vez que hace converger hacia ellos todos los sentidos del lector. Así, escribe:

Con un poco de imaginación podríamos sentir las mezclas de aromas del mercado: los olores picantes de las especias y de los guisos, el almizcle de los perfumes, el vapor grasiento de las fritangas [...] <sup>2</sup>

Y más adelante:

Imaginemos también el ensordecedor y agobiante repicar de las campanas y los gritos y regateos de los vendedores ambulantes. Escuchemos las picardías de los mestizos y los mulatos, los piropos risueños y soeces [...] <sup>3</sup>

Al mismo tiempo, el estudio y la investigación erudita que soporta este texto, hacen de él un anclaje fundamental para otros análisis históricos del México colonial, los cuales por lo general perciben esos fenómenos viendo sólo la línea superior de las vidas que los nutren, sin adentrarse en ellas, ni atender a la complejidad cultural en la que se inscriben.

De tal forma, el riguroso análisis histórico asociado a una impecable narración hacen de *Monjas, cortesanos y plebeyos* una deliciosa lectura para el público en general, a la vez que un texto obligado dentro de los círculos académicos, pues como en muchos otros de los libros y artículos de Antonio Rubial, en éste no existe divorcio entre los objetivos de difundir la historia a un amplio público y dar cuenta puntual de la riqueza de la realidad histórica del siglo XVII. Ello sucede también en *El caballero de los milagros*, en *Profetisas y solitarios...*,

<sup>2</sup> Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos...*, p. 58

<sup>3</sup> *Ibidem*.

en “¿Herejes en el claustro?...”, en “Sor Juana y los poderosos”, en “Votos pactados...”, en “Nueva España: la imagen de una identidad unificada”, en “Las santitas del barrio: Beatas laicas y religiosidad cotidiana...”, en “‘La santa es una bellaca y nos hace muchas burlas’. El caso de los panecitos de Santa Teresa...”, en “Los santos fallidos y los olvidados...”, en *Los libros del deseo*, en “Un caso raro. La vida y desgracias de Sor Antonia de San Joseph...”,<sup>4</sup> y por supuesto en *La plaza, el palacio y el convento...* primera versión de esta obra.<sup>5</sup>

La ciudad capital, el primero de los ámbitos en los cuales se divide el libro, da inicio con “el personaje más importante que durante siglos tuvo la ciudad de México: su laguna”, mostrándonos el irreversible cambio ecológico sufrido a partir de la conquista, las sucesivas inundaciones que a causa de ello hubo de padecer la capital del virreinato y la laboriosa y siempre infructuosa obra del

<sup>4</sup> Esta es sólo una selección personal de la vasta producción de Antonio Rubial. Antonio Rubial García, *El caballero de los milagros*, México, Plaza Janés, 2006, 272 p.; *Profetisas y solitarios. Espacios y mensajes de una religión dirigida por ermitaños y beatas laicos en las ciudades de Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2006; “¿Herejes en el claustro? Monjas ante la inquisición novohispana del siglo XVIII”, *Estudios de Historia Novohispana*, n. 31, 2004, p. 19-38; “Sor Juana y los poderosos”, en Mabel Moraña y Yolanda Martínez San Miguel (coords.), *Nictimene-sacrilega: estudios coloniales en homenaje a Georgina Sabat-Rivers*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana, Instituto de Investigación y Estudios de Postgrado, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003; “Votos pactados. Las prácticas políticas entre los mendicantes novohispanos”, *Estudios de Historia Novohispana*, n. 26, enero-junio de 2002, p. 51-83; “Nueva España: la imagen de una identidad unificada”, en Enrique Florescano (dir.), *Espejo mexicano*, México, Fundación Miguel Alemán, Fondo de Cultura Económica, Conaculta, 2002, p. 72-115; “Las santitas del barrio: ‘Beatas’ laicas y religiosidad cotidiana en la ciudad de México en el siglo XVII”, *Anuario de Estudios Americanos*, v. 59, n. 1, 2002, p. 13-37. Con María de Jesús Díaz Nava, “La santa es una bellaca y nos hace muchas burlas. El caso de los panecitos de Santa Teresa en la sociedad novohispana del siglo XVII”, *Estudios de Historia Novohispana*, n. 24, 2002; *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM, 1999; *La plaza, el palacio y el convento. La ciudad de México en el siglo XVII*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998; “Los santos fallidos y los olvidados. Los ‘venerables’ contemporáneos de Sor Juana”, en Margo Glanz, *Sor Juana Inés de la Cruz y sus contemporáneos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras-Centro de Estudios de Historia de México Condu-mex, 1998, p. 29-44; *Los libros del deseo*, México, El Equilibrista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, 513 p. (segunda edición, México, Editorial Grijalbo, 2004); “Un caso raro. La vida y desgracias de Sor Antonia de San Joseph, monja profesa en Jesús María” en Manuel Ramos Medina (coord.), *El Monacato Femenino en el imperio español: Monasterios, beaterios, recogimientos y colegios*, México, Condu-mex, 1995, p. 351-357.

<sup>5</sup> Una primera versión de este libro se publicó en 1998 con el título *La plaza, el palacio y el convento* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998). Siete años después *Monjas, cortesanos y plebeyos*, ha sido considerablemente ampliada en sus contenidos con nuevos datos y enfoques, como señala Antonio Rubial en los agradecimientos.

desagüe. Los métodos de construcción de éste los ilustra Antonio Rubial citando a Gemelli Careri quien apuntó:

hincan una viga grande a la orilla del río [...] amarran a ella muchas cuerdas a las que están atados por la cintura los indios, quienes a lo largo del canal sacan tierra y piedras para hacerlas caer en la corriente, en donde a veces se precipitan también ellos [...]<sup>6</sup>

No sin razón se señala en el libro que “México Tenochtitlan era una ciudad que estaba a medio camino entre la utopía humanista y la brutal realidad social de una urbe conquistada.” Asociada con frecuencia a Venecia y a Roma, en el fondo distaba de ellas en muchos aspectos, entre los cuales se encuentra el espacio prehispánico subyacente, el cual, entre otros factores, determinó que en la plaza mayor se asentara la sede del gobierno y la catedral, ocupando las zonas sagradas y los palacios de los antiguos emperadores indígenas.

Entre las maravillas y el asombro de quienes describieron templos y calzadas de la antigua ciudad de México, se filtran los problemas cotidianos, como el del desazolve de las acequias que debía realizarse cada dos años o el del mantenimiento de las calles, que se incrementaba por los altos costos y falta de colaboración de la población.

Si mantener las calles empedradas era difícil —escribe Antonio Rubial— peor resultaba apisonar las de terracería. En la periferia de la ciudad, al interior de los barrios, los indios hacían agujeros para sacar tierra para macetas y jardines o para hacer adobes.<sup>7</sup>

Llenos de agua y con animales muertos esos hoyos daban lugar a otro de los grandes problemas de la ciudad: las epidemias, favorecidas por el hambre, la miseria, las ratas y los mosquitos.

En contraste con las desgracias humanas y la ingenuidad de la terapéutica, que a base de sangrías, vomitivos, hierbas y amuletos o a fuerza de imágenes y rogativas pretendían terminar con las enfermedades, las descripciones hechas por Antonio sobre el abasto y el comercio parecen otorgarle nueva vida a la ciudad.

A través de los canales vemos a las chinampas cargadas de flores y legumbres de Xochimilco, mientras por las calzadas entran recuas con el trigo procedente de los valles de Puebla y de Atlixco, el pulque

<sup>6</sup> Antonio Rubial García, *Monjas, cortesanos y plebeyos...*, p. 18.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 25-26.

de los llanos de Apam y los jamones y embutidos de Toluca; los ladrillos de Tetepilco, las esteras de tule de Nonoalco y la leña y el forraje de Tacuba y de Texcoco, pero, entre todos esos productos y bienes que nutrían a la ciudad, el más importante era, y es aún hoy, el agua potable, cuyo abasto marcaba la distribución social de la población urbana. Mientras existían barrios donde se tomaba el agua insalubre del lago, en otros las fuentes se derramaban continuamente.

“Carencia y despilfarro—nos dice Antonio— fueron reflejo de dos caras de la ciudad: la de la riqueza y la de la pobreza”. Así, mientras en los barrios de indios, las pobres chozas se distribuían desordenadamente entre las polvaredas de invierno y los lodazales del verano, en el centro de la ciudad hermosos edificios se alineaban en una traza reticular.

Hermosas son las descripciones de la pintura de Villalpando, *La plaza mayor de la ciudad de México*, documento histórico de primer orden, al cual si bien sólo le faltan los olores y los ruidos, la hábil pluma de Antonio Rubial nos permite percibirlos. Abrumador es también, por su vivacidad, el recorrido entre los parasoles de petate y tendajones de los puestos del comercio indígena, entre los objetos de lujo vendidos en el Parián, o los de segunda mano ofrecidos en el Baratillo. A más de ello, se nos ofrece un estudio sobre el funcionamiento interno de estos espacios, los modos de su coexistencia y las razones de su particular ordenamiento.

Objeto de análisis es también el espectáculo de muerte y de vida que se desplegaba por las calles. Las tardes de juego en la Alameda y los nocturnos encuentros amorosos contrastan con las muertes producto de la violencia, los celos, el hambre, la desesperación y con el desfile de criminales condenados a la pena máxima.

Un pregonero delante de ellos proclama sus crímenes: robos sacrílegos de iglesias, sedición, asaltos en los caminos, homicidios atroces [...] En ocasiones, un jesuita levantaba la cabeza recién cortada del condenado y hablaba con ella, dando un teatral sermón edificante.<sup>8</sup>

El aparato que permitía el mantenimiento de la jerárquica estructura social, la alienación y la ideología que la sustentaba, con todos sus prejuicios, se manifiesta también en las fiestas públicas. “La cultura barroca —anota Antonio Rubial— experta en la mani-

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 64-65.

pulación de las colectividades encontró en la fiesta la mejor forma de mantener la estabilidad y la concordia en una sociedad dividida por profundas diferencias.”<sup>9</sup> No obstante, al mismo tiempo, la fiesta implica una ruptura de la cotidianeidad que arrastra consigo y hace surgir una explosión desordenada de las pasiones, del abuso y la violencia.

Precisamente, es la violencia, manifiesta en los motines estudiantiles, las riñas callejeras y, en particular, en el tumulto de 1692, el último fenómeno callejero analizado en este libro, pues de las calles y las plazas pasamos al interior de los palacios y las vecindades, de los templos y los claustros. Sitios bien distintos donde, sin embargo, algo nos recuerda siempre el sabor del Carnaval.

Los palacios y las casas de campo, al igual que los muebles finos, las pinturas o los esclavos, eran elementos de representación e identificación de la clase aristocrática, que se mantenía gracias a la riqueza producida por la tierra, el comercio y los cargos públicos. De esta clase aristocrática, modelo de una serie de valores sociales, se nos muestra cómo transcurría la vida cotidiana al interior de las estancias y los aposentos de sus palacios; el papel de las mujeres, su desenvolvimiento en el ámbito doméstico y familiar, así como las actividades y juegos propios de las tertulias de damas y señores.

Vemos también a la servidumbre que labora en esas mansiones, su jerarquía, sus tareas y el ambiente de las cocinas. La convivencia y los contactos desarrollados en el escenario privilegiado del ámbito doméstico —nos explica Antonio— forzaron un intercambio de elementos que amalgamaron permanentemente lo europeo con lo indígena. Situación esta que contradecía las pretensiones y anhelos de pureza de la aristocracia, quien buscaba legitimar su recién adquirida nobleza tratando de mimetizarse con la corte, único modelo que poseían para conocer la forma en que debían comportarse.

Los testimonios de la vida cortesana hablan de una exaltación de las apariencias: las últimas tendencias de la moda, el baile, la música y las formas de comer. Todo ello, “vano alimento de una aristocracia provinciana y pretenciosa que suplía sus carencias con el simulacro de una vida ostentosa.”

La contraparte de aquella forma de vida se desarrolla en las vecindades, no muy distintas de las actuales, donde se compartían

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 82.

letrinas, lavaderos y, en ocasiones, el fogón. En ellas los numerosos y distintos grupos que conformaban las capas medias de la población, como comerciantes minoristas, propietarios de panaderías, profesionistas universitarios, escribanos y notarios, convivían con marginados que habitaban en cuartos de azotea o en casuchas de madera construidas en los patios interiores.

No obstante la diversidad de las capas medias, sus integrantes mantenían la común pretensión de imitar los valores y la moral aristocrática: el matrimonio sacramental como elemento que mantenía el prestigio moral de la familia, el sentido del honor, el orgullo de la pureza de sangre y del ser españoles. Ello —nos dice Antonio— a pesar de que la mayoría eran criollos, mestizos o mulatos y de que muchos tenían hijos bastardos y mancillaban el honor de los demás. Elementos de cohesión eran también la lengua castellana mexicanizada y, sobre todo, la religiosidad cristiana que rebasaba toda desigualdad social.

Así, se pasa revista a las tradiciones mágicas y religiosas que se fundían en la Nueva España del siglo XVII. Los remedios de curanderos indígenas, milagrosos cristianos y sus técnicas terapéuticas, como el método para curar el maleficio del mal de ojo. Prácticas en las cuales creían encontrar solución a sus problemas y necesidades todas las etnias y grupos sociales: clases medias, marginados, ricos y aún miembros del estamento eclesiástico. Y es que, “en un universo tan jerarquizado y rígido como el virreinal, la magia ofrecía —nos dice Antonio— el modo (ilusorio o no) de eludir las desigualdades y entretejía entre todos los grupos sociales complicidades secretas y fuertes lazos.”

Complicidades se urdían también en las casas infamadas, donde se llevaban a cabo reuniones y espectáculos censurados por la moral religiosa, pronta a cerrar los ojos ante los beneficios materiales. De estas casas se nos lleva a conocer el teatro, los bailes nocturnos organizados por negros, mulatos y mestizos; los temascales que despertaban el recelo de los eclesiásticos por su identificación con el cuidado del cuerpo y el placer y, finalmente, la “casa pública de mancebía”, prostíbulo oficial de cuya administración se beneficiaba el ayuntamiento de la ciudad.

El último de los ámbitos que se estudia en *Monjas, cortesanos y plebeyos* es el de los templos y claustros, a través de los cuales conocemos los diversos rostros de la iglesia. Su clero secular y regular,

sus privilegios, el poder social y temporal que detentaban, así como los espacios que les eran propios: las capillas y las ermitas, los templos anexos a los conventos, las parroquias indígenas, la catedral metropolitana, los santuarios de milagrosas imágenes marianas. Vemos también como se desarrollaba la liturgia al interior de los templos, las técnicas dramáticas que se utilizaban en los sermones para atraer la atención del público y el ambiente piadoso y mundano que en su interior se vivía.

De los templos pasamos a los conventos masculinos donde se nos muestran las diferencias de objetivos y espiritualidad de cada orden, las formas de ingreso a ellas, la organización política y la jerarquía interna, así como las penas impuestas a oscuros delitos cometidos dentro y fuera de los muros conventuales. Como en los palacios aristocráticos, como en las vecindades, como en las casas infamadas, como en los días de fiesta, como todo en la calle, la vida en los conventos está marcada por grandes contrastes. Celdas privadas de lujoso mobiliario, frailes que frecuentan tertulias, el teatro y los toros, discrepan con los aposentos y vida de quienes estaban entregados a la contemplación divina, el ministerio sacerdotal o el estudio.

Luego de recorrer los pasillos y aulas de los colegios jesuitas y la universidad, donde son objeto de análisis la organización social y académica, nos detenemos donde se cuida y repara la enfermedad y la virtud: en los hospitales y, finalmente, en los claustros para mujeres.

Concebidos en muchas ocasiones como mundos aparte, donde el silencio y los oficios divinos marcan el compás de una vida que ha sido cedida a Dios, los conventos de monjas se nos presentan también como sitios donde se podía llevar una vida cómoda, aceptando pasivamente la condición que el mundo masculino imponía a las mujeres, pero, sobre todo, como sitios donde, a pesar de las rejas que cubren los locutorios, los coros y los confesionarios, se establece una intensa comunicación con el exterior, que hace del convento un elemento vivo que crece y se mueve al ritmo de la ciudad.

Así, siguiendo las huellas que de otra manera hubieran permanecido ocultas, las huellas de lo banal, de lo que casi nunca es tema de conversación, de la vida cotidiana, de eso que jamás se escribe, llegamos al final de este recorrido como si hubiésemos caminado por la alfombra que recorre la ciudad invisible de Eudósia, pues al



igual que esa estera, *Monjas, cortesanos y plebeyos* es un punto desde el cual la metrópoli muestra sus verdaderas proporciones, el esquema geométrico implícito en cada uno de sus mínimos detalles, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra.

Leticia PÉREZ PUENTE  
Instituto de Investigaciones sobre  
la Universidad y la Educación, UNAM